

# EL CONTEMPORANEO.

Edición de Madrid.

MADRID.—12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demás oficinas del periódico, establecidas en la calle de Trágueros (Prado) número 20, entre-suelo.—También se suscribe en las librerías de Bailly-Bailliere, calle del Príncipe, núm. 41; Cuesta calle de Carretas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Jerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte

Madrid.—Jueves 15 de Noviembre de 1862.

PROVINCIAL.—15 rs. al mes y 45 al trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, ó enviándolo directamente en letra, libranza ó sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, ó girando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre.—Ultramar 80 rs. trimestre, y Extranjero 20 rs. al mes

Año III.—Núm. 574.

MADRID.  
12 DE NOVIEMBRE.

Ho publica *La Correspondencia* una especie de lista de observaciones sobre la temperatura presidencial, que puede arder en un candil. Desarrollando el mismo pensamiento, vamos á decir lo que nosotros hemos observado, porque el termómetro de la situación funciona sin parar con motivo de los frecuentes cambios atmosféricos que se experimentan.

Amaneció el día bastante sereno, aunque, á decir verdad, soplaban un vienteillo del Norte poco agradable para los que viven al calor de la situación vicarvarista.

A las ocho de la mañana parece que se levantó D. Alejandro, y sus amigos, al ver que se restregaba las manos, como diciendo: «Estamos frescos!» corrieron á advertir á los periódicos ministeriales que el Sr. Mon aceptaba la presidencia.

El termómetro marcó 18 sobre cero, y comenzaron á entrar en calor los vicarvaristas.

A las doce bajaba el susodicho personaje por la calle de Alcalá hacia el ministerio de la Guerra.

Mientras S. E. bajaba, subía el termómetro. Los ministeriales estaban á punto de sudar; la aceptación iba á ser un hecho.

A las tres de la tarde comenzó el horizonte á cubrirse de nubes; soplaban la brisa, y decían de mal humor los ministeriales: «Esto no se puede sufrir!» El termómetro descendía rápidamente.

A las seis, los individuos de la situación iban por esas calles cubiertos con la capa hasta los ojos. El termómetro había bajado á cero; D. Alejandro no aceptaba la presidencia.

Ahora, que son las diez de la noche, es imposible asomar las narices á la ventana. El cielo se oscurece; relampaguea por la calle de Alcalá, y aunque los truenos no se oyen todavía, aseguran los inteligentes que la tempestad se acerca. La situación está tiritando.

Después de trasladar las observaciones atmosféricas, solo tenemos que añadir, que á los ministeriales se les ha caído, como suele decirse, el alma á los pies, al ver la actitud del Sr. Mon.

Sin embargo, *La Época* asegura, que, á pesar de todo, el Sr. Mon no negará su apoyo al gobierno.

Consuélese, pues, los vicarvaristas, que presidente no ha de fallarles, y un disgusto mas ó menos en los tiempos que alcanzamos, es cosa de poca importancia.

También se dice que el marqués del Duero está decidido á no aceptar la presidencia de la alta Cámara que le ha otorgado el gabinete.

¿Lo hará? ¿Quién sabe! Lo cierto es que las mismas causas que influyen en el Sr. Mon, debían influir en el general Concha, y la verdad, no quisieramos ver al general Concha vencido en consecuencia por el Sr. Mon.

El público es tan murmurador, y tiene tanta costumbre de echarlo todo á mala parte desde que observa ciertos ejemplos, que ha dado en asegurar que el marqués de la Habana cede á las caricias del gabinete y á alguna que otra promesa que se le ha hecho.

Esas falsedades, que sin duda no pasan de ser chismes y murmuraciones, quisieramos verlas desmentidas con la conducta del general Concha, porque creemos que sostendrá su opinión, que *todo el mundo conoce*, sobre los negocios mecánicos, á desprecio de los que quisieran ver que se desacreditaba cediendo á mezquinas influencias.

El Sr. Mon, con su actitud, protesta contra la política del gabinete en los asuntos de Méjico.

¿No protestará también el marqués del Duero con la suya?

En vista de lo que dicen que hace el Sr. Mon, creemos que ni el general Concha impuso condiciones, ni el gabinete se acuerda de variarsu política, porque de ser así, el Sr. Mon hubiera aceptado.

¿Qué dirá á esto *La Época*, tan enemiga del general Prim, y que tanto ha combatido su conducta? ¿Se contentará con que el Sr. Mon se separe del gobierno, para hacer lo mismo?

Nosotros creemos que los redactores de *La Época* que son diputados sostendrán en el Congreso lo que sostiene en el periódico, y que si el gabinete ratifica su aprobación á la conducta del conde de Reus, harán con la lengua lo que han hecho con la pluma.

Ahora tenemos otra cuestión sobre el tapete. ¿A quién se elige candidato para la presidencia de la Cámara popular?

¡Buena ocasión para resarcir al Sr. Cánovas de los desaires que ha sufrido!

Pero no sopla por ahí el viento. Unos dicen que se designa al Sr. Mayans, otros que pudiera combinarse con la salida del actual ministro de la Gobernación, y hasta se asegura que se ha pensado en el Sr. Egaña.

De todos modos, resulta que el Sr. Mon no quiere ser presidente, y que, según las noticias más verídicas, está decidido á *hablar* cuando se trate de los asuntos de Méjico.

Para comprender el carácter de la actual situación, es preciso fijar todas las condiciones de que se halla revestida, estudiar su origen, ver de qué manera se ha formado, cuáles son sus tendencias y su espíritu, y la acción que ejerce en la esfera del gobierno. Lo natural es que los partidos vengán al mundo de la política presentando al país un plan de gobernación completo, para cuyo desarrollo empeñan su palabra, y á cuya realización dirigen sus esfuerzos; así ya conoce el país las ideas de ese partido, y el día en que llega al poder está seguro de que practicará las doctrinas y los principios que antes proclamó.

Pero los vicarvaristas lo entienden de distinto modo, y por eso estamos contemplando un orden de cosas que ni es natural, ni es lógico, ni puede ofrecer para el porvenir mas que conflictos y catástrofes. Formada la union liberal, no sabemos si al impulso de la ambición ó del patriotismo, porque el que la inició en Manzanares pudo tener, al verificarlo, diferentes objetos, ha atravesado varias épocas en que sus trasformaciones, de todo el mundo conocidas, forman la mas rara historia de las luchas políticas de nuestros modernos partidos. No hay para qué decir que fracasó su primer objeto, porque la idea de la union liberal primitiva fué echada á balazos de la situación el año 56 por el conde-duque. Ni aun sobrevivió á aquella especie de protesta contra la misma obra del héroe de Manzanares los principios del hoy jefe de los disidentes, que tuvo que abandonar el vicarvarismo por las absurdas reacciones del poder, por las continuas torpezas de los que dirigían los negocios públicos.

¿Qué ha quedado de todo aquello? ¿Cuál es hoy el objeto de esa union, malamente llamada liberal, que escandaliza con sus actos al país, y que le pone en ridiculo á los ojos de las potencias extranjeras? Ofrece un pensamiento fijo, una política uniforme y constante? No, porque lo que hace es caminar sin rumbo ni acierto, aceptando hoy lo

que mañana desapruéba, prometiendo mejoras liberales que despues se convierten en medidas reaccionarias, dando el tristísimo espectáculo de abandonar por completo los negocios exteriores, ó de resolverlos de una manera desatentada y loca, que es aun mucho peor cuando se trata de los intereses públicos. Ahí están como prueba los giros y contragiros efectuados en la política interior, las vacilaciones, las dudas y las torpezas que cada día se cometen en los negocios extranjeros. Gobiernos que ofrecen leyes, y despues de cuatro años las leyes no han venido; gobiernos cuyos personajes defienden en la oposición la libertad del pensamiento, y en el poder procuran encadenarla todo lo posible; gobiernos que en la oposición proclaman la legalidad electoral, y en el poder hacen elecciones como las verificadas últimamente; gobiernos que llamándose en la oposición liberales, publican en el poder *circulares* como las de los ministros de Gobernación y Gracia y Justicia; gobiernos que obran como el actual gobierno ha obrado en Africa, en Venezuela, en Méjico y en Cochinchina, no pueden decir que tienen pensamiento fijo, política uniforme y constante, ni que son dignos de gobernar una gran nación, siquiera sea tan desgraciada como la nación española.

Pero en cambio de todo eso, el gabinete vicarvarista posee cualidades que en los tiempos que alcanzamos son suficientes para conservar el mando. ¿Quién como él se doblaba ante las exigencias, se pliega á las circunstancias y olvida sus compromisos cuando lo exige la conservación del poder que ejerce?

Las veleidades políticas que el país contempla con asombro, la debilidad que se halla como incrustada en el gabinete, la apatía que se observa en todos los asuntos, son condiciones que, aunque parezca una paradoja, contribuyen á la vida del ministerio. Si no fuera débil, ¿habría sufrido y consentido muchas de las cosas que en el país vienen ocurriendo de cuatro años á esta parte? Si no fuera inconsecuente, ¿habría logrado salir de los graves compromisos en que en distintas ocasiones se halló envuelto? Si no fuera apático y lo mirara todo con la mayor indiferencia, ¿se habría afeitado á desempeñar los papeles que ha desempeñado? Si el ministerio no tuviese una debilidad, una inconsecuencia y una apatía que en todo sobresale y que por todo se le reconoce, mil veces hubiera preferido abandonar el poder á sufrir la justísima censura de las personas sensatas y el desden de propios y extraños, por sucesos que le ponen en ridiculo á los ojos de la Europa entera.

Pero lo que aquí se ve, lo que se demuestra con eso es que los vicarvaristas no quieren otra cosa mas que sostenerse en el poder, y que, hasta esponiendo su propia reputación y los intereses del país, transigen con todo antes que abandonar el mando. Las fatales consecuencias que de este orden de cosas pueden resultar para la política y aun para la administración pública, las comprendo de todo el mundo menos los hombres que con estrechada ceguedad ó con indisciplinable egoísmo apoyan al actual gobierno.

El gobierno se propone descomponer los antiguos partidos y admitir á su lado á los desertores, á los apóstatas, á los que reniegan de sus antecedentes y de su bandera. Esto último es muy fácil; pero lo primero es imposible. Pues que, ¿cómo se puede existir creencias políticas en el país? Nadie y existían siempre, y mientras existían, nadie podrá descomponer los partidos. Tambien existieron siempre apóstatas y desertores, aun-

que, por fortuna, no han hallado nunca una acogida como la que hoy en el seno de la situación encuentran. Lo que el vicarvarismo conseguirá con su conducta, es que vaya cundiendo la inmoralidad política entre ciertas gentes; que los partidos vayan limpiándose de los elementos dañados, y que cuando llegue á su colmo la paciencia del país, sobrevengán quizá gravísimos conflictos, tanto mas difíciles de vencer, cuanto mas se haya abusado de la triste situación en que se encuentran los pueblos. Pensar que un orden de cosas como el presente puede existir muchos años sin traer sobre la nación grandes catástrofes, es cerrar los ojos á la evidencia y desconocer los ejemplos de la historia.

Verdaderamente no tenemos que replicar nada á la segunda acusación que lanzó anteaer *El Pensamiento Español* contra los escritos del señor Canelejas. En todo aquel artículo, aunque está perfectamente escrito, no hay un adarme de sustancia: no hay mas que mucha habilidad para hacer creer á los pájaros, sin la menor prueba, que el mencionado catedrático es un furibundo pagano.

La única acusación terminante que puede hacer *El Pensamiento Español* contra el Sr. Canelejas, despues de haber recorrido todos sus escritos en busca de errores, consiste en una frase mal hecha, que no pudo escribir el Sr. Canelejas sino con muy diversa intención de la que *El Pensamiento* le atribuye.

La frase de que la moral de Fichte correge á la cristiana no pudo significar jamás en boca del Sr. Canelejas, ni en boca de ninguna persona que esté en su juicio, por hegeliano que sea, que Fichte vino á emendar la plana á los preceptos evangélicos; predicó ó escribió un sermón mejor que el de la Montaña. Ni el mismo Feuerbach en su *Esencia del cristianismo* fué capaz de profanar tan abominable blasfemia. Suponer que pudo decir el Sr. Canelejas es dar la mas aviesa é infundada interpretación á sus palabras.

*El Pensamiento* no ha caído ó no ha querido caer en que, ademés de los principios de la moral cristiana, ademés de los preceptos que salieron de los labios divinos de Nuestro Salvador, y ademés del tesoro de moral que custodia nuestra Santa Madre la Iglesia, así como custodia los dogmas inmutables, hay una ciencia de la moral, deducida por medio de la razon de esos mismos principios cristianos, la cual ciencia, como toda ciencia y como toda creación del entendimiento humano, es susceptible de progreso. A esta ciencia aludió, sin duda, el Sr. Canelejas cuando, para encañecer el mérito de Fichte, supuso que dicho filósofo habia corregido la moral cristiana.

Para que *El Pensamiento* lo entienda mejor, nos valdremos de un ejemplo. *El Pensamiento* no negará que el dogma es tan respetable como la moral. Pues bien, nosotros podríamos decir, con razon ó sin ella, pero sin blasfemar, que Bergier ó que Perrone habian corregido la teología dogmática, lo cual es muy diferente que si dijésemos que habian corregido el dogma.

Tal es el argumento mas terrible, el argumento Aquiles de que *El Pensamiento* se vale para lanzar el anatema contra el Sr. Canelejas. Imagine el curioso lector cómo serán los otros argumentos.

Ya iremos contestando á lo mas esencial de los artículos de *El Pensamiento* en la serie de artículos empezada ayer, y que *El Pensamiento* nos anima á continuar en los siguientes términos, llenos de un misterio fatídico:

«Siga, pues, en paz *El Contemporáneo* su comenzada empresa, porque ya su comienzo nos gusta; descábrase bien de frente, seguro de que, mediante Dios, no quedará por nosotros el que dejen de conocer los presentes y venideros.»

«Crea *El Pensamiento* que nosotros no hemos de tratar de encubrirnos, y que escribiremos con toda la sinceridad y la franqueza que nos son características. No nos gusta la hipocresía ni el disimulo, ni tenemos miedo de que nos conozcan tales cuales somos.»

Ayer fué dia de grandes emociones para las gentes de Vicálvaro. Desde las once de la mañana, hora á que salió de su casa el Sr. Mon, en compañía de otro diputado por Asturias, hasta despues de media noche, los amigos de la situación no cesaron de comunicarse noticias mas ó menos graves.... para ellos.

No queremos decir todo lo que oímos ayer, pues quizá no faltaría quien nos acusase de dar demasiada importancia á las personas y poca á las doctrinas, cuando el partido oficial tiembla ó lanza gritos de alegría porque el Sr. A. pruce el cenó, ó porque el Sr. B. se sonrie; pero adyñe el lector lo que callamos, en vista de los párrafos que, á manera de boletín sanitario de la situación, publica *La Correspondencia*, y son los siguientes:

«Hoy ha celebrado una conferencia de mas de una hora el Sr. Mon y el presidente del Consejo de ministros. Ignoramos su resultado.»

«Despues de la conferencia tenida hoy entre los Sres. Mon y O'Donnell, se ha celebrado un Consejo de ministros.»

«Anoche, hoy por la mañana todavia, los amigos del Sr. Mon creían posible que este hombre político aceptara la presidencia del Congreso; hoy al medio día lo ponian en duda, y al anochecer de hoy ya se hemos oido decir que no será presidente.»

«Al dar esta noticia, que contradice las que teniamos ayer, demostramos una vez mas nuestra imparcialidad, y que nuestra única guia es tener al corriente á nuestros lectores de todos los sucesos.»

*La Época*, mas explícita que el otro colega ministerial, anuncia en estos términos que el señor Mon se ha negado á imitar la conducta del marqués del Duero:

«*La Última Hora*.—Se nos acaba de asegurar que despues de una conferencia celebrada esta mañana entre el señor presidente del Consejo de ministros y el Sr. D. Alejandro Mon, este ha declinado la honra de aceptar la candidatura para la presidencia del Congreso, que el gobierno estaba dispuesto á apoyar cerca de la mayoría, si bien haciendo repetidas protestas de adhesión al gabinete. A la hora avanzada en que llega á nosotros esta noticia, que lamentamos vivamente, no es imposible comprobar su exactitud; pero estamos seguros de que cualesquiera que sean los motivos de delicadeza que hayan obligado al Sr. Mon á no admitir tan importante puesto, no faltará su apoyo á una situación, al lado de la cual se halla, desde su origen y á la que está prestando importantes servicios.»

No comprendemos que el Sr. Mon ni ninguno otro hombre político serio pueda apoyar á un gobierno que procede de una manera contraria á sus ideas en la cuestion mas grave que está por resolver. El ex-embañador en Paris debe tener una solución, y como buen patriota, debe desear que desaparezcan los obstáculos que á ella se oponen, el primero de los cuales es la existencia del gabinete. Condénar la conducta del gobierno y contribuir, siquiera sea con el silencio, á que el gobierno continúe comprometiendo los intereses del país, sería el mayor de los absurdos.

Digan lo que quieran ciertos periódicos, cuyo disgusto comprendemos perfectamente, tenemos motivos para creer que si el Sr. Rios Rosas hubiera querido mostrarse tan flexible como el marqués del Duero, por ejemplo, sería el candidato del gobierno para la presidencia de la Cámara popular. El Sr. Rios Rosas, fiel á sus compromisos y á sus honrosos antecedentes, se ha negado

## FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

### LOS TRES ROHAN,

Roger de Beauvoir.

SEGUNDA PARTE.

#### MAD. DE SOUBISSE.

Hasta en la soledad que eligen las mujeres de la corte hay siempre la sombra de un cálculo. Mad. de Soubisse estaba muy distraída de sentir la heroica abnegación de Mlle. La Valliere: creía aun en la corte, en el rey, en los honores, en todo cuanto agrada y embriaga á las mujeres.

Tal vez creía que era mas conveniente el recibir á las Carmelitas que en el castillo de M. de Luynes. Ya hemos visto que en un principio imaginó el deseo atacada de las viruelas para quedar aislada. Las Carmelitas, segun queda dicho, eran aquel año el mejor terreno para una gran señora que se hallaba en desgracia del rey, pero que no comprendía pudiera vivir en otra parte que en la corte, donde se saben todas las noticias de primera mano.

El aposento que Mad. de Soubisse ocupaba hallábase situado en una de las mas silenciosas alas del convento, muy distante de las celdas que ocupaban Mad. de Stuart, bella y contenta, al decir de Mad. de Savigné, Mlle. de Epernon, Mlle. de Janet y Mlle. de La Valliere.

Las próximas elecciones que debía haber para montar la casa de la señora delina, eran la única cosa que alarmaba á Mad. de Soubisse, pues temía que Mad. de Rochefort hubiese de abandonarla en su calidad de dama de aquella princesa. Privada de tal amiga, que era para ella como una hermana, ¿podría resistir el aburrimento de aquel retiro?

El escaso número de partidarios con que contaba en aquella borrasca corte, ¿se acordaria de ella? M. de Soubisse era un mal intrigante, y ni tenía crédito ni habilidad; era un hombre bueno para los placeres y para alternar con las cantatrices de la ópera. Las fiestas que se preparaban en la corte, jaquellas fiestas espléndidas, admirables, en las que ella no debía figurar por la vez primera de su vida, y en las que otras mujeres brillarian, no la dejaban sosegar!

—Es mas fácil acostumbrarse á Dios que á la desgracia del rey, pensaba la apesadurada princesa.

Habia momentos en los cuales se arrepentia de haber elegido las Carmelitas, y sin embargo, las silas de manos afluan constantemente el convento.

Aquella noche hallábase Mad. de Soubisse sola; sola con su pensamiento, sus recuerdos y su dolor: abrió un cofrecillo de laca dividido en muchos compartimentos, y lo colocó delante de su vista. Cogió de él un paquito cerrado y sellado en negro, y contempló lo que en el forro habia escrito, sonriéndose amargamente á la vez.

—«Cartas del rey!» ¡Cartas de ese hombre que aun ayer ocupaba en mi vida un tan gran puesto!... ¡Es un dueno altivo y cruel!... La paciencia y la sinceridad del amor, no significan nada para él; aquí hay una víctima que le acusa. Esa ¡Dios mio! le amaba mas que yo: esa temblaba á la sola idea de afligirle; y como ella, le he visto inconstante, y le perdono.

—«El no perdona; no!»... Y sin embargo, ¿qué he hecho yo? ¡No le amo y padezco! ¡Me ha atado con los lazos del favor; me llama amiga, y sin embargo, he visto el momento en que su cólera iba á desterrarme! ¡Tiene celos de la reina que me prefiere á todas; me aleja de la corte en los momentos en que va á estar mas brillante y animada; y otras, ¡sí! otras ocupan mi pensamiento!... ¿Cuánto no he tenido que sufrir! ¡Tres mujeres se dividen ahora ese corazón abortado en la árida contemplación de sí mismo! ¡Mi madre, mi familia, son los que me han trazado ese camino! ¡Las mujeres de nuestra casa no conocen el amor: deben servir de escalón á las ambiciones que las rodean y las asedian: eso es todo! ¡Si al menos amase yo al rey!... ¡Pero ¡ay! conozco que lo único que yo amo son las alabanzas y el brillo de la corte! ¡La Valliere, La Valliere! ¡Ah! ¿Por qué no tengo yo tu valor? ¡Soy una mujer miserable y orgullosa! ¡Permitid, Dios mio, que me aproveche de una vergüenza que me castiga! ¡Vengas, Dios mio, de todas las facultades, de todas las virtudes que me han atribuido!

Mad. de Soubisse encerró vivamente aquellas cartas en un cajón; sus lágrimas corrieron en abundancia, y retrocedió avergonzada hasta el pie del crucifijo que habia sobre la chimenea.

Sentábase casidichosa al verse abandonada en aquel sitio á su dolor; pero en aquel momento apareció la

mariscala de Rochefort, que iba á decirle que formaba parte de la servidumbre de la delina, y partia á la mañana siguiente para Munich.

—«Me dejais, exclamó la princesa con amargura: es que Dios lo dispone así, y me someto á su voluntad. Sabia que estabais encargada del guarda-ropa de la delina, pero no creia que marchais tan pronto. ¿Qué carta es esa? ¿Alguna nueva desgracia para mí?»

—«Esta carta, querida princesa, es para vos, y acaban de traerla de Saint-Germain: es de M. de Cayoie.»

—«De Cayoie has dicho? ¡Oh! ¡Dámela pronto, querida mariscala: quizás me hable de mi único amor en este mundo, de mi protegido Régis.»

La princesa leyó la carta, y durante la lectura pintáronse en su semblante todas las emociones que sentía.

El marqués refería á la princesa la vida que hacia en union de Régis, en Saint-Germain. El carácter del breton empezaba á inspirarle serias inquietudes. Régis parecia víctima de una pena profunda y sombría; hablaba alguna vez de Mad. de Soubisse, desdichada los ejercicios del campamento, y á desprecio del marqués, habia ido dos ó tres veces á la casa de la adivinadora Lavoissier, para consultar las cartas.

El marqués refería á la princesa la visita de Mlle. Berta de Pontarcé al campamento de Saint-Germain, le hablaba de su hermosura, de su gracia y de su fortuna; y suplicaba á Mad. de Soubisse que pensase en todo esto. Ella no debía querer, decía el marqués, destruir el porvenir de aquel joven, y la loca pasión que Régis sentia por la princesa debía ceder á los consejos que esta le diese, guiada por su experiencia, y á causa de la candidez de Régis.

Cayoie concluía su carta asegurando á Mad. de Soubisse, que no habia revelado el secreto del regalo que ella hiciera á Régis, pero que este habia adivinado el nombre de su bienhechora.

El marqués trazaba, pues, á la princesa la línea de conducta que debía seguir. Mad. de Soubisse se propuso no entorpecer la marcha de las cosas: Berta amaba á Régis; ¿no era lo mas natural del mundo que se casasen?

La princesa asió una mano de Mad. de Rochefort y se la llevó al corazón, que latía con violencia. Era otro sacrificio hecho á Dios aquel amor de Régis, cedido á otra mujer; aquel porvenir de un niño del que iba á cesar de ser árbitro.

—«¡Ay! dijo suspirando: nada soy para él, puesto que es amado! Al menos no me verá obligada á revelar el secreto que media entre nosotros!»

La mariscala de Rochefort calmó diestramente aquel dolor, refiriéndola una multitud de detalles que probaban á la princesa cuánto se movian por ella sus amigos en la corte.

Nada igualaba á las magnificencias que se preparaban, á los presentes de que ella misma era portadora á la delina, cuyo retrato acababa de recibirse, y á la cual encontrábase medianamente hermosa.

Las liberalidades del rey eran inmensas: parecia como que trataba de aturdirse por medio de aquellas fiestas del secreto pesar que le causaba su ruptura con Mad. de Soubisse.

La mariscala de Rochefort entregó á la princesa muchas cartas de Mad. de Schomberg, llenas de palabras de esperanza y de consuelo. Cada frase era un elogio á su resignación y á su silencio.

La princesa se habia asomado á la ventana, y por toda respuesta se limitó á mostrar á la mariscala el astro nocturno que seguía su carrera por el espacio, tratando de evadirse de una inmensa nube que amenazaba ocultarlo á las miradas. Ambas mujeres contemplaron aquel espectáculo durante algun tiempo: el fantasma negro acabó por cubrir completamente á la luna, y Mad. de Soubisse se tapó la cara con ambas manos....

De pronto, y como libertado dulcemente por la mano de un ángel, el magnifico y apacible astro florió de nuevo en el celeste espacio, revestido de su mas brillante color de nacar, y la muélel tristeza de su luz inundó los muros del claustro.

—«Dios no prohibe creer en los presagios, dijo sonriendo la mariscala (1). Las nubes de la corte pasan tan rápidamente como las del cielo. Mañana verá al marqués de Cayoie; ¿qué quiere que le diga para M. Régis de Kerven?»

(1) La princesa creía efectivamente en ellos. En una reyerta que tuvo con su régio amante, cerró la puerta de su aposento, en Versailles, para todo el mundo. La princesa amaba muchos los gatos, y el rey hizo que le llevasen uno: el gato estaba adornado con un collar magnifico de diamantes. La princesa acarició al gato, y despues, cuando quiso buscarle, el gato y collar habian desaparecido, lo cual tomó por funesto augurio, y estuvo muchos dias inconsolable.

—«Le llevarás esta carta, mi querida mariscala, contestó Mad. de Soubisse conmovida. ¡Esta carta, que será la primera y la última! Permítame únicamente que añada algunas líneas.»

Y tomando de su mesa una carta ya empezada, trazó en ella algunas frases, sobre las cuales cayó de sus ojos una lágrima.

—«¡Pobre niño! murmuró, volviendo á asomarse á la ventana y mirando al azulado cielo: ¡pobre niño! ¡El cielo de esta noche no me dice nada de él!»

IX.

#### El Pañuelo.

Esta noche los alrededores del castillo de Saint-Germain estaban llenos de movimiento y de rumores: hacia tres dias que duraban las fiestas, y las gacetas no escaseaban los elogios acerca del lujo y el esplendor de ellas.

El casamiento de Mlle. de Blois con el príncipe de Conti, aquel casamiento sobre el que todas las hadas habian sopiado, segun la frase de Mad. de Savigné, era el resto de todas aquellas magnificencias.

El casamiento se verificó en la capilla de Saint-Germain: los grandes festines, las comedias, las loterías galantes entre las damas de honor, el baile y el juego se sucedían diariamente sin interrupcion en el castillo.

Como era la estación de invierno, no eran posibles ni los paseos por los bosques, ni los conciertos nocturnos en las góndolas doradas de Saint-Germain: los tritones de bronce veían cuajarse helada el agua en sus barbas; las náyades estaban cubiertas de nieve.

Pero quedaban Racine con sus tragedias, Benserade con sus bailes, y Lull con sus arias. Si los juendillos, los fuegos artificiales y las iluminaciones faltaban en el exterior, las colaciones de media noche, alumbradas por mil bugías, las tapicerías bordadas de perlas, las pajarracas con miles de avellanas, los violines ocultos detrás de las colgaduras de seda, los amores suspendidos del techo y vertiendo vinos helados, las máquimas ingeniosas, los perfumes quemados en copas de Boule, los olimpos y las nubes de gasa abundaban.

(So continuará.)





